



La herencia de Lechner

El intelectual vinculado con las ciencias sociales suele ser una especie difícil de situar. El estereotipo tiende a ponerlo en una jaula de oro ajeno a las trivialidades de la gente común y corriente. En otros casos, su involucramiento en la cotidianeidad lo asemeja más a un activista de las ideas.

Norbert Lechner (1939-2004), cuyos restos mortales fueron incinerados ayer, ocupó una tercera categoría, no necesariamente a medio camino entre la dos anteriores. Pese a estar incorporado desde muy joven en los aspectos más candentes del cambio social -llegó a Chile proveniente de Alemania a los 22 años en plena "revolución en libertad"-, siempre logró marcar un sello de singularidad: el cuestionamiento más científico que discursivo de las teorías, a partir de su sagacidad para auscultar la llamada contingencia.

En términos gruesos, estuvo más cerca de la escuela de Max Weber -como buen alemán, aunque murió chileno- que la de Jean Paul Sartre, algunos de cuyos placeres no obvió. Porque el hábito no hace al monje, la pose no da patente de intelectual. Padeció la envidia. Pero su enorme obra apabulla ya a aquellos colegas mequinos en la hora de inclinar la cabeza ante un maestro.

Serán los especialistas los que examinarán a fondo su herencia cultural.

*Lechner no tuvo ninguna
opinión catastrofista
acerca del futuro de la
situación chilena, pese a
que no estaba convencido
de que viviésemos en el
mejor de los mundos.*

Por ahora, parece apropiado poner de relieve algunas de sus inquietudes más profundas sobre Chile y su gente. De partida, como pocos ahondó acerca de la dicotomía entre confianza y desconfianza personal como factor inexcusable a la hora de tratar el creciente fenómeno de la falta de confianza en las instituciones. Con sólo mirar las encuestas -que tanto nos preocupan- podemos constatar esta situación. Tenemos una enorme tarea cotidiana para acrecentar la confianza interpersonal. De ella dependerá la calidad de nuestras instituciones y, en definitiva, de

la sociedad que anhelamos. En este sentido, no tuvo el pago de Chile. Hace seis meses el Senado por unanimidad le otorgó la ciudadanía chilena.

También Lechner nos puso en evidencia que el fantasma de la inseguridad que nos acompaña tiene una vinculación -aunque no definitiva ni única- con la falta de herramientas para aprovechar mejor las oportunidades que nos abre la modernización. La construcción de seguridad per se no es suficiente ni eficiente. Se requiere un contexto de confianza que nos permita superar este malestar.

No fue un intelectual árido ajeno a la felicidad humana, propia y ajena. Creyó en ella y fue feliz, muy feliz, a pesar de lo esquivo que suele ser en el análisis político actual dar con una definición optimista de la vida. En el debate de la renovación ideológica tempranamente admitió que alcanzar el mínimo suele ser más estimulante que permanecer anclado a la utopía.

Lechner no tuvo ninguna opinión catastrofista acerca del futuro de la situación chilena, pese a que no estaba convencido de que viviésemos en el mejor de los mundos. "Parece oportuno prestar mayor atención a las condiciones sociales de la ciudadanía", dijo.

Como intelectual y ciudadano, Lechner nos hereda la necesidad de insertar la subjetividad de la política ("los patios interiores") en la dimensión institucional, es decir, lidiar con esa "conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado". Una variante del poeta Constantino Cavafis, que acostumbraba a citar: "Aunque no puedas hacer la vida como quieras, inténtalo al menos cuanto puedas".

4472

3032

20 febrero 2004 9.40

La Nación, Santiago

La Herencia de Lechner [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Herencia de Lechner [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile